

En los primeros momentos, conquistadores y conquistados, áun cuando una misma mano les rige, viven completamente separados.

Hay dos legislaciones distintas, hay dos costumbres diferentes. Pero poco á poco situacion tan anómala va modificándose, y la legislación, impulsada por la misma fuerza de los sucesos, va avanzando por el camino que ha de conducir á la unidad política.

El sentimiento se eleva sobre la prohibición legal y al enlazarse Leovigildo con una española, indica la necesidad de unificar la legislación, y Chindasvinto y Recesvinto con la autorización de los matrimonios mixtos, unifican ya la nación en el seno de la familia.

La unidad religiosa, tan necesaria á la sazón, realizase también áun cuando no sin haber producido grandes desastres y dolorosas contiendas, y á la par que Hermenegildo, cristiano, perecía bajo la cuchilla de su padre Leovigildo, arriano, estaba ya preparándose Recaredo para declarar ante la asamblea de obispos, que quería ser admitido en el seno de la Iglesia católica.

De este modo se realiza la unidad religiosa lo mismo que la unidad civil. Aquellos monarcas godos comprendieron que eran las verdaderas bases sobre que debía descansar la nueva civilización y uno tras otro, legislando constantemente, constituyeron ese famoso código, «monumento perdurable de aquella nación y la más preciosa página que en aquellos siglos adornó la historia del linaje humano,» como dice Lafuente.

Nada más grande y más justo que el principio de que «Doncas faciendo derecho el rey, deve aber nome de rey; et faciendo torto pierde nome de rey» del Fuero-Juzgo, ó sea: «rey serás si hicieres derecho y si no lo hicieres no serás rey.»

Fácilmente se comprende en esta sola idea todo el trabajo que habría necesitado el pueblo español, desarmado y subyugado, para imponerse de aquel modo á sus mismos dominadores.

La monarquía electiva, base del sistema de gobierno gótico-hispano, hemos ya tenido ocasion de ver á cuántos desmanes dió lugar, puesto que raro es el monarca godo que descendió naturalmente del trono.

El regicidio no impedía al asesino subir al solio que él mismo había buscado, y á su vez se empleaban contra él las mismas armas que usara para ocupar aquel elevado puesto.

Los concilios, que hubieran podido poner coto quizás, á esta larga serie de crímenes ya fuese porque los miembros que los componían pensarán sacar mayor partido del monarca regicida, y porque temerán perder cuanto adelantado tenían, incurriendo en su enojo, es lo cierto que más estaban de parte del usurpador, que de la razón y la justicia.

«La conversión de Recaredo, dice un historiador de nuestros días, hizo un bien inmenso á la Religión, pero decidió, sin intentarlo, la lucha entre la mitra y la corona; llevando á los concilios los negocios temporales, vino á ponerse el cetro bajo la tutela del cayedo.»

Y ya que de los concilios hablamos, por más que algun escritor ha negado la semejanza que entre ellos y nuestras Cortes posteriores pudieran existir, nosotros creemos ver desde luego en los concilios el embrión de nuestras modernas asambleas.

Es verdad que en aquéllos estaba excluido completamente el elemento popular, pero desde el momento en que el clero y la nobleza se reunían para legislar, no ya en asuntos puramente eclesiásticos, sino en negocios temporales, lógico es encontrarles semejanza con las Cortes, que precisamente han venido despues á ocuparse de esos mismos asuntos.

Otro de los caracteres especiales de la dominación goda, fué la intolerancia religiosa que tantas víctimas causó en los judíos, cuyo coraje, excitado por las crueldades con que se les trataba, hubo de contribuir en gran manera para ayudar á los sarracenos á invadir nuestra Península.

Porque realmente no fueron ni las crueldades de Witiza, ni el libertinaje de Rodrigo lo que trajeron los árabes á España.

Multitud de causas venían ya desde tiempo anterior conduciendo á un prematuro fin monarquía que tan pujante principiara.

Las ambiciones, las parcialidades, el mismo sistema de sucesión á la corona, las costumbres que habían ido tornándose sobradamente sueltas y relajadas, la ociosidad y el afán de placeres que había enervado el antiguo y rudo carácter godo, las mismas ofensas personales hijas, bien de desengaños recibidos por algunos magnates, bien de atentados contra la honra por efecto de la licencia que todo lo invadía, fueron elementos que poderosamente contribuyeron á la caída de la monarquía gótica.

El Oriente es el llamado ahora á marcar una nueva etapa en la historia civil y política de nuestro país.

El reinado de los hijos del Norte va á concluir y el «Mane Thezel, Phares» del monarca babilónico resuena también en los oídos de Rodrigo, al atravesar el Estrecho las primeras legiones de Tarik.

En las orillas del Guadalete sepúltase la monarquía gótica, y árabes y moros desparrámanse por la Península ibérica implantando otra nueva civilización.

Todo parece haber concluido para los cristianos.

Mas, sin embargo, en un rincón de España, entre breñas y cuevas ocultas en el fondo de los valles, un puñado de hombres descendientes de aquellos mismos que se habían atrevido á desafiar el poder romano cuando era Roma la señora del mundo y que habían luchado enérgicamente contra la dominación gótica, preparáronse valientemente para resistir á las poderosas huestes musulmanas.

Reforzáronse los naturales de aquellos riscos con los que escapar pudieron del anterior naufragio, y repuestos del aturdimiento producido por el choque terrible que acababan de experimentar, lan-

zaron audaz reto á los descendientes del Profeta, y les derrotaron en los primeros combates.

A partir de este momento, da comienzo esa gloriosa epopeya empezada en Covadonga para terminarse ocho siglos más tarde en la fértil y abundosa vega de Granada.

Esta epopeya, esta cruzada iniciada por un puñado de rústicos montañeses guiados por un esforzado caudillo, es la que viene á constituir el eslabon de enlace entre la sociedad destruida y la nueva sociedad.

La Religión y las leyes fueron el gran legado que nos dejaron los godos, y donde verdaderamente llega á comprenderse su importancia, es en los sucesos subsiguientes á la batalla de Guadalete.

Porque, efectivamente, las leyes y la Religión fueron los dos puntales, si así nos podemos expresar, que sostuvieron á los españoles en su nueva regeneración social.

Bien pronto hemos visto á los soldados de Pelayo descender de las niehstas montañas ocupando los valles y las llanuras y edificar, finalmente, la pequeña capital, metrópoli de aquel reducido estado.

En vano los árabes intentan dominar aquel puñado de valientes; no solamente no lo pueden conseguir, sino que envaleantados y más seguros cada vez los cristianos del derecho que les asiste y de la justicia de su causa, abandonan los rústicos parapetos donde hasta entónces pelearon, y van á buscar á sus contrarios á los mismos pueblos en que dominan, y apenas mediaba el siglo VIII, cuando Alfonso el Católico había llevado sus triunfantes armas desde Galicia hasta los Pirineos occidentales.

Es verdad que de estas portentosas correrías no podían quedar establecimientos permanentes, pero en cambio servían para demostrar que no era invulnerable el Aquiles musulmán, y para enseñar el camino de su restauración á los otros Estados cristianos que gemían bajo el yugo islamita.

Lenta y trabajosamente debía irse reconstituyendo la nacionalidad, toda vez que tan colosal había sido el naufragio, y algunos reinos pasaban entre el de Alfonso el Católico y el de Alfonso el Casto, sin que en ellos se hiciera otra cosa que asegurar la posesión de aquel pedazo de tierra que no habían conseguido hollar las infelices plantas.

Peró el Casto Alfonso de tal modo supo regir á su pueblo, que el emir de Córdoba vióse obligado á pactar treguas formales con el Monarca asturiano, cual si estuviera tratando ya de poder á poder.

Otro tercer Alfonso, justamente apellidado el Grande, lleva sus armas hasta el otro lado del Guadiana, preséntase ante los muros de Toledo, accede bondadosamente á la paz que con humildad le pide el musulmán, y constituye la ciudad de Leon en capital de los Estados cristianos.

Provechosa había sido, como dejamos expuesto, la actitud en que desde el principio se colocaron los indómitos astures.

Navarra lanzóse á su vez á la pelea, y lo mismo que había sucedido en los Pirineos Occidentales sucedió también en los Orientales; el emblema del Cristianismo enarbolóse en ellos, y este emblema era un nuevo guante de desafío lanzado al poder musulmán, era una nueva mina abierta en los cimientos del poderoso edificio de la dominación sarracena.

Tal vez si en los Estados cristianos hubiese existido un centro de unidad, la dominación árabe habría terminado más pronto, pero el genio ibero renacía en medio de aquel despertar de independencia, y cada comarca quería pelear por sí sola, cada agrupación tendía á formar un estado independiente y ninguno se avenía á depender de otro más que en momentos determinados, recordando inmediatamente cada uno su libertad.

Esto hubiera podido ser altamente perjudicial para los nacientes Estados cristianos á no dar la casualidad de que los mismos árabes no se hallaban tampoco más acordes ni mejor avenidos que los españoles.

Las diferencias de raza que existían entre los musulmanes, los odios de los africanos conquistados por aquéllos, la residencia del Gobierno central tan lejos de la Península, eran males que de haber continuado prolongándose, no hubieran podido menos de contribuir más rápidamente á su ruina.

Esto mismo lo comprendieron ellos y trataron de ponerle remedio, fundando en España un imperio independiente del de Damasco.

Entónces nació el poder de los omniadas, dinastía la más brillante, como dice un historiador, que jamas ocupó los tronos del mundo, y Abderrahman-ben-Moawiah vigorizó por completo el vacilante poder islamita en España, amenazando seriamente los Estados cristianos que tan trabajosamente se habían ido organizando.

Mas no por esto decae el aliento de los cristianos; por el contrario, con más energía y más decisión se aprestan á la pelea, acentúase más el carácter de la lucha, y verdaderamente, desde este instante da comienzo el período más grande de la epopeya de los ocho siglos.

Apénas se concibe, viendo el esplendor y poderío de aquellos califas cuyas victoriosas armas penetran en la Aquitania franca, y dominan por doquiera; que establecen academias donde el saber alcanza merecido renombre, que los primeros soberanos de la tierra les envían embajadas proponiéndoles la paz ó pidiéndoles auxilio, que reunían bajo su estandarte tanta muchedumbre de esclarecidos guerreros, apénas se concibe, repetimos, como un puñado de cristianos pudo, no solamente resistirle, sino vencerle y arrebatarle día por día nuevos pueblos y fortalezas nuevas.

Al «Solo Allah es grande,» respondían los cristianos con el «San-

tiago y á ellos,» y en todos los extremos de la Península se peleaba con encarnizamiento é iban organizándose aquellos pequeños Estados destinados un día á unirse finalmente bajo una misma mano, para dar el golpe mortal á la dominación agarena.

Abderrahman III y Alhakem II, esas dos grandes figuras de la España musulmana del siglo X, reinan el califato hasta un grado asombroso de esplendor y poderío.

Tras la época de la conquista y de la esplendidez, que constituyen el carácter distintivo del primero, llega el segundo á sintetizar el triunfo de la cultura y de las letras.

Vencido Toledo, último atrincheramiento de los rebeldes, y cerrado el templo de la guerra en España, el poderoso califa cordobés, encerrado en su deliciosa mansion de Zahara, extiende una especie de protectorado discrecional sobre los Estados cristianos de España, recibe las embajadas de los Césares de Oriente y de los soberanos del Norte, y protector de las letras, hace suceder las bibliotecas á las bélicas funciones de la guerra, convierte su alcázar en Helicon musulmimo y las esclavas Rhedyá, Aischa y otras son las nuevas musas de aquel encantador Parnaso.

Lógico era que el poder cristiano no quedara muy bien parado en todo este periodo, acentuándose muy doblemente su malestar durante la época de Almanzor el Victorioso, que en veinticinco años gana cincuenta batallas á sus enemigos, que hace transportar las campanas de la catedral de Compostela á Córdoba para servir de lámparas en la gran mezquita, y que no se da reposo un solo momento mientras hay enemigos que combatir ó ciudades que arrasar.

Mas á pesar de esto, la hora postrera de los cristianos no ha llegado.

Siempre hay un rayo de sol para los pueblos oprimidos. La inminencia del peligro les hace comprender la necesidad de la union, deponen, por un momento siquiera, sus rencores y discordias, y los campos de Calat-Ahazor sirven de sepulcro á la postrera expedición del hasta entónces afortunado caudillo del desprestigiado califa Hixem.

Privado de la poderosa espada que le sostenía, el califato comienza á derrumbarse; y entre sus ruinas, no solamente se reconstituyen los antiguos Estados cristianos, sino que se ensanchan, y mientras Fernando reune sobre su frente las dos coronas de Castilla y de Leon, Sancho el Mayor de Navarra extiende los límites de su reino, los Berengueres catalanes llevan sus estandartes desde las orillas del mar hasta el Ebro, y finalmente, Toledo vuelve á ser la capital de la España cristiana arrebatada al poder musulmán por Alfonso VI de Castilla y de Leon.

Peró todavia restan largos días de prueba á los cristianos.

Las rivalidades de éstos recrudescen despues de sus últimos triunfos, las discordias civiles les excitan, y las armas que debieran haberse esgrimido contra el enemigo comun, ensangrientanse en las civiles contiendas.

Natural era que en medio del continuo pelear á que se veían reducidos aquellos Estados cristianos, la cultura intelectual adelantase bien poco, porque sabido es que difícilmente el fragor de las armas y el encarnizamiento de los combates han sido acicate poderoso para el adelanto de las letras.

Peró á falta de esto, el pueblo español alcanzaba inapreciables derechos civiles, precediendo en muchos años á las grandes naciones de Europa en la posesión de esos códigos populares que, como los Fueros de Leon y de Castilla, los Usajes de Cataluña y las Cartas municipales, prestaban, lo mismo á las corporaciones comunales que á los artesanos y labradores, una influencia extraordinaria.

Cuando más parecía que la profunda division y la desmembración del poderoso califato estaba asegurando las reconquistas de los monarcas cristianos, nuevos acontecimientos vienen, si no á hacer desaparecer la independencia española, á retrasar por lo menos aquel triunfo absoluto, por el cual tantos siglos há que se venía peleando.

A los omniadas que habían sucumbido con el último califa suceden los almoravides africanos, y en Zalaca y en Uclés destruyen la flor de la nobleza castellana, perece el mismo heredero del trono de Castilla, y todo parece por un momento que va á destruir aquellos reinos cristianos tan trabajosamente formados.

Para cúmulo de desdichas, el infeliz matrimonio de Urraca de Castilla con Alfonso el Batallador, de Aragon, no solamente vino á retrasar por mucho tiempo aquella unidad nacional tan necesaria para el mejor éxito de la guerra, si que también favoreció á los musulmanes, y más hubiera podido favorecerles á no estar ellos á su vez divididos también por importantes discordias.

Sin embargo, el rey de Aragon se apodera de Zaragoza arrebatándosela á los almoravides, y sabe Dios hasta qué extremo hubieran llegado las empresas de este príncipe belicoso, á no haber encontrado la muerte en los campos de Fraga.

Mas como los acontecimientos se eslabonan de una manera extraña y misteriosa en la vida de los pueblos, la muerte del Batallador monarca, en las condiciones en que tuvo lugar, fué la causa de la union de Aragon y Cataluña bajo un solo cetro, llegando á constituirse así más adelante un vasto y poderoso reino que, andando el tiempo, sállese de sus límites para extenderse por Europa, domina en el Mediterráneo, lleva rey de su casa á Nápoles y á Sicilia y contribuye á aumentar más tarde la preponderancia y el poder de España.

Por desgracia en estos momentos emancípase Portugal de la corona de Castilla, justo castigo de la ligereza cometida por Alfonso VI, dando aquel Estado á uno de sus yernos.

Esta emancipación, especie de segregación hecha al mapa gene-

ral de la Península ibérica, ha de producir y produjo, como ya hemos visto, andando el tiempo, discordias y embarazos á los monarcas de España.

Entre tanto, en la España musulmana verificábanse notables cambios y no menos importantes acontecimientos.

Los almohades penetran en España de la misma manera que lo hicieron los almoravides y los omniadas ántes que ellos.

Abdelmumen, jefe de los almohades, despues de haber dominado á los almoravides en Africa, llega á España y se apodera del ya desmembrado imperio de Yusuf.

Poco despues, la derrota de Alarcos demuestra á los cristianos todas las imprudencias que cometieron y lo torcido del camino que seguían hasta entónces.

Peró no pasa mucho tiempo sin que llegue el desquite para los que tan sangrienta derrota habían sufrido.

Glorioso y fecundo es el siglo XIII para la España cristiana. Toda ella concurre al célebre triunfo de las Navas de Tolosa. Fernando III el Santo, en cuyas sienas se juntan las coronas de Leon y Castilla para no separarse ya nunca, se lanza sobre los moros y les arrebató los reinos de Córdoba y Sevilla, mientras Jaime el Conquistador se apodera de las Islas Baleares é incorpora á la corona de Aragon el reino de Valencia. Así como las virtudes caballerescas de san Fernando, la afición á las letras, á la astronomía y á la ciencia de las leyes de su hijo Alfonso el Sabio, dan el primer lugar á Castilla, la extensión de su territorio detiene en la Península los progresos de los otros dos Estados cristianos, de Portugal despues de ser lanzados los moros de los Algarbes, y de Aragon que se lanza á las islas del Mediterráneo á probar fortuna.

Muy unida á Francia por alianzas de familia, Navarra parece como segregada de la nación; sin embargo, destinada está á formar parte de la corona de Aragon primero, para constituir despues nuevo florón de la de España.

En las Navas de Tolosa quedó decidido positivamente el triunfo del Cristianismo sobre el Corán, y á partir de este momento el imperio almohade irá perdiendo el terreno ante el poderoso empuje de los soldados de la cruz.

Lo mismo el rey de Aragon que el de Castilla aventan á los moros ante sí, y mientras aquél se apodera de las Baleares, éste enarbola el estandarte de la cruz en los minaretes de Córdoba y Sevilla.

Lástima grande que las discordias intestinas hagan adelantar tan poco la cruzada contra el infiel en los reinados intermedios desde Alfonso X al XI.

Durante éste, la victoria del Salado y el sitio de Algeciras constituyen las dos páginas más gloriosas del reinado de este Alfonso, á quien sus mismos enemigos honraron despues de muerto viéndose de luto y dejando paso franco á su cadáver cuando lo conducían sus soldados á Sevilla.

Despues de este reinado tornan desgraciadamente para Castilla los días de conjuras y de asechanzas, y á Pedro el Justiciero, apellidado por unos, ó el Cruel, segun otros, sucede la nueva dinastía de Trastámara, sin que la nación ganase nada con semejante cambio ni la reconquista pudiera dar un paso más para terminar la obra de los monarcas anteriores.

Lo mismo sucedía en Aragon, donde también la casa de Trastámara había ido á ocupar el trono; las discordias traíanle dividido, y en Navarra, la misma fermentación de partidos, el mismo hervidero de discordias que existía en los dos reinos que acabamos de nombrar, separaba los ánimos de lo que debía haber sido su único objetivo.

Peró como no hay borrasca que sea duradera, del mismo caós que reinaba en los Estados cristianos, del menosprecio y del vilipendio en que había caído la corona de Castilla en las inetas sienas de Enrique IV, y de la predilección de Juan II de Aragon hacia su hijo Fernando, vino á salir la union definitiva de las dos coronas, realizándose la unidad nacional cuando precisamente parecía que la sociedad cristiana de España se hallaba abocada á una de esas grandes catástrofes que suelen sobrevenir, áun cuando de tarde en tarde, en las naciones.

Isabel I, llamada á ocupar el trono de su hermano, realiza el gran milagro de resucitar un pueblo que había descendido hasta el último extremo y le vigoriza con su poderoso aliento, le organiza, adquiere bajo su mando colosales proporciones, y á ella está reservada la gloria de terminar la obra comenzada ocho siglos ántes en las montañas de Covadonga.

¿Fué cálculo político ó verdadera inclinación la que hizo á Isabel aceptar, entre los pretendientes que se le presentaban, al infante de Aragon?

No sabemos definirlo; pero lo cierto fué que al realizarse aquel matrimonio realizábase la unidad nacional, y por fin, iban á ser reyes de España los que hasta entónces habían sido monarcas de Aragon, de Castilla ó de Navarra.

Triste herencia de los reinados anteriores era la miseria del pueblo, la relajación de las costumbres, la altanería y la audacia de aquella nobleza viciosa y turbulenta, compuesta de nobles que se habían convertido en bandidos y de bandidos que, con el fruto de sus depredaciones, dábanse aires de nobles. La católica Isabel, dedicándose desde los primeros momentos á corregir tamaños males, sin detenerse ante consideración alguna, enfrena la nobleza, vigoriza al pueblo, mejora las costumbres, moraliza la administración y en breve espacio trueca la faz de aquel reino que tan aniquilado, tan corrompido y tan enervado la legara Enrique el Impotente.

«Con una actividad prodigiosa, dice un historiador, con una perseverancia que causa maravilla y con una universalidad que hace